

De clases y élites: ambigüedades para la reflexión

Margarita CAMPOY LOZAR*

Resumen

Trátase de una reflexión a propósito de las múltiples ambigüedades y desnaturalizaciones sobre uno de los elementos conceptuales de mayor alcance en la investigación sociológica.

Ubicada esta argumentación en el contexto de una temática tan amplia y compleja como es la cuestión de las desigualdades sociales, se hace recaer el acento en los cambios más significativos acontecidos en las sociedades industriales desde el primer capitalismo, así como en las propias disincronías explicativas que, con el progreso de la conciencia sociológica, se han producido al interno de esta disciplina. Por ello, no se desarrolla un discurso sobre los diversos posicionamientos sociológicos, sino más bien una inmersión en aquellas aportaciones que pudieran estar en la base de la indeterminación conceptual acerca de este fenómeno.

Ralf Dahrendorf, en la primera edición de su obra *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial* (1957)¹, lamentaba lo que textualmente denominó "la desnaturalización del concepto de clase". A su juicio, desde hacía aproximadamente cuatro décadas sólo ocasionalmente continuaba utilizándose de modo legítimo el concepto referido,

Abstract

SOCIAL CLASSES AND ELITES: AMBIGUITIES TO REFLECT ON

The multiple ambiguities and corruption of one of the major concepts of sociological research are dwelt on in this article.

As the argument are to be found in the context of the very wide and complex area of social inequalities, emphasis is placed on the most significant changes that have taken place in industrial societies since the early capitalist era, and also on the disagreements that have arisen in the explanation of these changes as a result of growing sociological awareness. Consequently, the article does not deal with differing sociological points of view, but is rather an insight into the contributions that may have lead to the lack of conceptual clarity surrounding this phenomenon.

mientras se afianzaban las versiones falseadas del mismo.

Tres años antes, la publicación por vez primera del reader sobre la estratificación social *Clase, status y poder*², abría su segundo volumen con el trabajo firmado por Raymon Aron a propósito, no sólo del tradicional desacuerdo sociológico con respecto a la significación del concepto de clase,

* Profesora Titular de Sociología en la EUTS de la Universidad Complutense de Madrid.

sino también en referencia a la harta ambigüedad que suscitan el uso de expresiones tales como clase política, clase gobernante, etc.

Desde entonces, entendemos nosotros, la situación de esta temática, lejos de haber merecido las clarificaciones pertinentes, ha agravado el confucionismo existente, a fuerza de valerse de una categoría de tan intensa raigambre sociológica para identificar a cualquier colectivo profesional, v.gr., la "clase médica".

Pero volvamos al planteamiento de Aron, puesto que su argumentación se desarrolla orientada al esclarecimiento de una cuestión que ubica su razón de ser en los profundos cambios acaecidos, si a las sociedades del occidente capitalista nos referimos, por efecto de la emergencia de la sociedad industrial; si a las que hasta muy recientemente se denominaban del socialismo real, por las igualmente profundas transformaciones acarreadas desde el evento revolucionario.

Para el caso más concreto del orden occidental, la controversia a propósito de la existencia empíricamente contrastable o conceptualmente imaginable de la clase política y/o gobernante, responde a que, si bien es cierto que todos los sociólogos clásicos repararon en la diferenciación de funciones —rasgo peculiar de las modernas tendencias—, especialmente en la separación entre el poder social y la autoridad política, ninguno pudo aventurar cuál habría de constituir la más auténtica naturaleza del nuevo orden. Así, el concepto de clase quedó aplicado tanto a las mino-

rias privilegiadas, nutridas de nobles y burgueses, como a las masas, conformadas por campesinos y trabajadores.

Sin embargo, corrobora Aron, no caben demasiadas dudas al respecto de que en todas las sociedades de cualquier tiempo y lugar, el gobierno siempre ha estado en manos de un reducido número de hombres. Y su reflexión se conduce hasta el análisis de los términos de élite, clase política y clase gobernante, recurrentes fórmulas semánticas con las que ha venido designándose semejante minoría.

Siguiendo la línea de Pareto —quien se refiere con el término élite a cuantos en minoría ejercen las funciones políticas de administración o gobierno y/o a cuantos están en condiciones de influir o determinar su conducta y decisiones—, Aron aplica el significado del término a todos los que, en la diversidad de las actividades sociales, están a la cabeza de la jerarquía y ocupan los puestos más importantes y privilegiados. Reserva la expresión "clase política" propiamente dicha para la minoría, aún más reducida, que se ocupa en las funciones políticas del gobierno. Sitúa a la "clase gobernante" entre ambas e incluye a los privilegiados con capacidad de influencia tanto sobre los gobernantes como sobre los gobernados. Inmediatamente a continuación se apresura Aron a reparar en las dificultades que pueden plantearse con el uso de las dos últimas piezas léxicas. No resulta la de menor envergadura averiguar la naturaleza de las relaciones que recíprocamente guardan entre sí.

Al objeto de esclarecerlas, recurre a las antítesis generadoras de desigualdad en los modernos órdenes sociales: poder temporal-poder espiritual, *poder civil-poder militar*, *poder político-poder administrativo* y *poder político-poder económico*. El poder espiritual, compartido o disputado, corresponde a sacerdotes, intelectuales, escritores, estudiosos e ideólogos; el civil, aunque fundamente su legitimidad en la *aprobación popular*, ha de conseguir la obediencia de los dirigentes militares y policiales; el administrativo a los funcionarios; el económico, a los propietarios de los medios de *producción*, *directores e ingenieros*, pero también a líderes sindicales y, en cierto modo, a los propios jefes de partidos políticos. El poder político, finalmente, resulta obvio, es el que detentan los profesionales que hacen de la política su carrera principal y de ella obtienen su fuente de *ingresos*. A su conjunto confiere el sociólogo francés la denominación de "estructura de la clase gobernante". Por ello, uno de los rasgos más característicos de las sociedades occidentales *no es el poder oculto de un reducido grupo de hombres*. En otros términos, las relaciones de autoridad se han diversificado en idéntico grado y proporción a los grupos de poder. En *contraposición*, la *denominada clase gobernante* resulta no sólo conceptualmente más adecuada, sino *empíricamente mejor observable*, allí donde el poder es ejercido desde el monopolio de un partido y la exclusividad de una ideología.

Quedó apuntada con anterioridad la circunstancia por la cual la indeter-

minación de las nuevas situaciones, generadas desde el derrumbamiento de las sociedades del *Ancien Régime*, pudiera estar en la base de la *manifiesta ambigüedad que siempre acompaña el tratamiento de las clases*. También estos días comparten tal característica. Desde finales del siglo XIX, el capitalismo y la sociedad industrial se revisten de nuevos rasgos, pero es tras la Segunda Guerra Mundial cuando se impone la *tendencia a ser la aceleración del cambio la principal constante*.

Siguiendo el desarrollo del discurso de Dahrendorf³, cabe analizar el conjunto de las transformaciones habidas en las sociedades industriales según cuatro directrices primordiales: el desarrollo del racionalismo económico, la imposición del principio de rendimiento, la generalización de la igualdad de derechos y la *constitución de nuevas formas de estabilidad*.

El despliegue del desarrollo económico alude a la suplantación de la producción extensiva y sin dirección *por un incremento de la misma intensivo y planificado*. Mecanización, absorción de nuevos grupos de población, etc., generan una nueva orientación presidida, desde los tiempos de la Organización Científica del Trabajo, por los principios de la efectividad, rentabilidad, planificación de todos los aspectos del trabajo, dirección científica de la empresa... Del mismo modo, el surgimiento de las grandes empresas, mediante fusión o ampliación, supone la aparición de nuevas figuras *jurídicas y administrativas*: la propiedad y el control no necesariamente tendrán que coincidir.

La separación de la propiedad y el control da lugar a que las posiciones superiores en la jerarquía de la empresa queden ocupadas, por una parte, al menos en teoría, por los accionistas. Desde luego, las últimas decisiones incumben a la asamblea general, pero los accionistas, en cuanto tales, tienen escaso contacto con la entidad de la que resultan ser los propietarios; más bien sucede que definen su propiedad al modo de una inversión que reporta intereses. Tanto la administración cotidiana como la planificación de la empresa corresponde a los directores, quienes, por otra parte, resulta evidente, detentan de facto y paradójicamente la propiedad sobre la empresa que no les pertenece. Las innovaciones en los modos de producción han creado, pues, una nueva modalidad de estratificación social. El lugar de los propietarios queda ocupado por un nuevo sector superior integrado por la jerarquía funcional del sistema productivo. Por lo demás, mientras que el empresariado tradicional tenía que haber adquirido o heredado propiedad, el manager necesita mostrar adecuación, formación, experiencia y rendimiento.

Por lo que respecta a la clase trabajadora, la mayor complejidad de la mecanización del trabajo ha traído consigo el incremento en la demanda de trabajadores altamente especializados. En cierta similitud al colectivo anterior, la posesión de cualidades y destrezas se torna condición indispensable para el desempeño de determinadas profesiones garantizando, además, que los cometidos pertinentes serán ejercidos con mayor efi-

cia. Por todo ello, a la cabeza de la jerarquía del trabajo manual figura el especialista. Frente a él, resta el extenso colectivo que disfrutando de empleo carece, no obstante, de profesión.

Resta todavía una novedad más resultante del contraste de los primeros momentos del proceso de industrialización y sus más recientes evoluciones. Con las grandes empresas industriales y la racionalidad creciente de su organización y dinámica, aparece la necesidad de dotarlas de sólidas fuerzas burocráticas. A ellas corresponderán cometidos de contabilidad, planificación, adquisiciones, ventas, control de personal, etc. De este modo asistimos a un incremento, cuantitativo y cualitativo, de los empleados no sólo aplicable a las tareas productivas típicamente industriales, sino también al comercio, los transportes, la banca, los seguros y, resulta obvio, la Administración Pública.

La situación que acaba de describirse se torna compleja, pues entre "los de arriba" y "los de abajo", la categoría de burócratas y empleados, a la que con toda propiedad cabe denominar "nueva clase media" o, a mayor dificultad aún si la expresión se pluraliza, "nuevas clases medias", verticalmente abarca desde el manager al cartero, pasando por la secretaria, el jefe de taller...; horizontalmente, a todos los profesionales que, como ya ha sido apuntado, prestan sus servicios en la Administración Pública, con todos sus niveles y modalidades, la industria, el comercio, la banca y los seguros. Con toda la flexibilidad y la

fluidez que quepa ser aplicada, un sector significativo de este colectivo se ubica en bastante proximidad a "los de arriba", mientras que para otro nutrido sector se muestra más adecuada la situación típica de la clase trabajadora. En cualquier caso, tras todo lo expuesto, se impone con toda legitimidad un modelo de estructura de clases abierta.

Por otra parte, y ello constituye un aspecto más a considerar, la apertura de la estructura de las clases agranda sus dimensiones al hilo de los elevados coeficientes de movilidad social que, al menos como principio, caracterizan a las sociedades que gozan de elevados coeficientes de desarrollo y modernización social. No podría ser de otro modo puesto que estamos hablando de sociedades orientadas hacia la explotación y organización racional de sus recursos. Tal finalidad sólo queda garantizada si cada una de las posiciones la ocupa el mejor o, expresado en otros términos, cuidando que a cada cual se le asigne el lugar que le corresponde. Los mecanismos reguladores de dicha exigencia pasan por la admisión de la máxima concurrencia, desde el exclusivo punto de vista de la capacidad. En virtud de lo anterior, las instituciones educativas quedarán revestidas de nuevas funciones. En efecto, en el proceso de ordenación de las posiciones sociales, el sistema educativo se torna el criterio de selección y guía al fijar el nivel educativo alcanzado la pertenencia a un sector.

Resulta imprescindible agregar a los cambios acaecidos desde los momentos de la consolidación de la so-

riedad industrial, el arraigo de la tendencia a la reducción de las diferencias sociales. Se trata de un proceso que en sus inicios consolidó la igualdad jurídica, confiriendo a cada hombre el status de ciudadano libre. Con posterioridad, el derecho al sufragio universal, expandió la igualdad a la esfera política. Más recientemente, la extensión de la igualdad alcanza el plano propiamente social adjudicando al status de ciudadanía el signo de una igualdad material, con bastante fidelidad reflejada en el auge del consumo privado. Traducido esto a la temática que nos ocupa y, en evolución paralela al incremento de los ingresos del trabajador, en lugar de la proletarización profetizada por Marx, se impone hablar, bien del aburguesamiento de la clase trabajadora o bien de la ampliación progresiva de las clases medias, como ya ha sido señalado.

Tras este recorrido descriptivo a la búsqueda de las razones que pudieran estar en la base de lo que al comienzo denominábamos con Dahrendorf "la desnaturalización del concepto de clase", nos hallamos ante la indudable existencia tanto de una jerarquización de las situaciones como de una desigual distribución de la disponibilidad de poder.

Al respecto, es en la producción de los denominados teóricos de las élites donde, sin lugar a dudas, se fija la atención en aquel colectivo que asume el poder y cuyos miembros ocupan y desempeñan los puestos y funciones de autoridad. Así, Mosca utiliza la expresión "clase política" y Pareto acuña el concepto de élite para

referirse a la minoría que ejerce el poder. Ambos postulan la tesis de la tendencia a mantenerse en el ejercicio del dominio, puesto que su capacidad de acción y su superioridad material, intelectual e incluso moral comporta que, por el mero hecho de ser pocos y los mejores, siempre estarán mejor organizados que las masas dominadas. Pero hay más. Una simple ojeada al índice de la célebre publicación de Mills, *La élite del poder*⁴, nos delimita con expresiones tales como “los altos círculos”, “los señores de la guerra”, “las celebridades”, “los altos directivos”, “el directorio político”, etc., un cúmulo de pequeños grupos desde los que se ejerce realmente el poder y desde los que emanan las decisiones de mayor envergadura, más allá de los estrictos límites del ejercicio del dominio político y cuyo fundamento no es otro que la transformación de los pueblos en sociedades de masas.

Así ubicados, la desnaturalización del concepto de clase social a que venimos aludiendo pudiera responder, además de a las profundas transformaciones acaecidas en nuestros órdenes sociales, de las que ya nos hemos ocupado y que la sociología clásica no tuvo a su alcance observar, y/o al propio desarrollo de la conciencia sociológica que, particularmente por parte de los teóricos de las élites y, a mayor concreción, por la herencia del pensamiento de Mosca, deja trazado un camino de fácil recorrido que terminará por hacer cuasi convergentes los significados de los términos clase y élite, sobre todo si se aplica a las dimensiones del poder. Si a ello se agrega la harta frecuencia

con que los medios de comunicación de masas acuden a las expresiones, ya mencionadas en el inicio de este trabajo, clase política o clase médica, la cuestión, creemos, no dispone de demasiadas perspectivas de claridad.

Según Mosca⁵, en todos los organismos políticos, se impone la evidente cuestión de la existencia de dos clases de personas: gobernantes y gobernados. La primera, que monopoliza el poder y, consecuentemente, desempeña todas las funciones políticas, es minoritaria; la segunda, sometida, dirigida y mucho más numerosa resultará gobernada y regulada, según los casos, por medios legales o arbitrarios. Alguien —rey o emperador, primer ministro o mayordomo de palacio—, está siempre por encima y con el auxilio de una clase dirigente hace cumplir y respetar sus órdenes. Además, mientras la minoría responde a un único impulso, la mayoría es un colectivo desorganizado. De ello se deduce, que cuanto más amplia y extensa resulte una organización política, más reducida habrá de ser la minoría dirigente. Y, por otra parte, no puede abstraerse el aspecto ya mencionado de que la minoría cuenta con la ventaja de estar constituida por individuos que se distinguen por poseer cualidades de superioridad.

En las sociedades menos desarrolladas la calidad que acredita formar parte de la clase política es el valor militar. Quienes en las actividades bélicas despliegan sus mejores aptitudes adquieren supremacía con relativa facilidad. La jefatura se confunde con la valentía. Por la vía del abandono progresivo de las activi-

dades exclusivamente cazadoras hacia el pacífico trabajo agrícola y pastoril, se accede a los mismos resultados: una clase quedará consagrada a la producción y otra a la guerra, pero siempre quedará a salvo que la última tendrá preponderancia sobre la primera. A ella es reservado de modo exclusivo el uso de las armas y sólo eventualmente algunos de los miembros de la clase gobernada serán enrolados pero, eso sí, siempre como agregados y en los cuerpos menos estimados.

Así, los hombres guerreros y dominantes pudieron acaparar la propiedad de la tierra y, en la misma medida en que la evolución social hace avanzar a las sociedades a grados más elevados de civilización, la calidad de la clase superior pasa a ser la riqueza. La tutela de la propiedad privada, más que en la fuerza, descansa en las leyes. Obviamente, tal transformación afectó a la propia estructura del estado, generando el denominado por Mosca "estado feudal" y una curiosa paradoja: si en el pasado el poder produjo la riqueza, en esta fase más avanzada será la riqueza la fuente generadora del poder. También puede suceder en las fases más avanzadas de la civilización que la organización política descansa sobre principios morales, quedando excluida la preponderancia del dinero y la riqueza. Sería el caso de cuantas organizaciones propiamente democráticas fundamentan el poder en el principio del sufragio universal. Sin embargo, aún así, nada impedirá a un rico ser mucho más influyente que un pobre. Y, tampoco resulta legítimo obviar que

en todas las sociedades medios como la notoriedad, la gran cultura, los conocimientos especializados..., sin lugar a dudas, de enorme influencia social, serán más susceptibles de adquirir por parte de los pudientes.

Por otra parte, allí donde la religión dispone de gran fuerza, los grados más elevados de la jerarquía eclesiástica participarán de la riqueza y del poder político, puesto que poseen conocimientos que les acreditan como colectivo intelectualmente elevado. La tendencia a monopolizar los conocimientos alcanzados y a obstaculizar la difusión de sus métodos, toda vez que la cultura y las nociones especializadas se independizaron de su naturaleza sagrada, posibilitan el acceso a la clase gobernante. Dicho en otros términos, las aplicaciones prácticas de semejantes conocimientos, comienzan a adquirir valor político. De este modo, la aplicación de los hallazgos del conocimiento a la guerra, la administración, las obras y la sanidad públicas, etc., ubica a sus detentadores en posiciones social y políticamente destacables. A ello obedece también la constitución de una aristocracia de funcionarios, ejemplarizada en la institucionalización del senado.

Finalmente, Gaetano Mosca, en su argumentación sobre las diversas modalidades de manifestación histórica y cultural de la clase dominante, se ocupa de las castas hereditarias. Lógicamente, se trata de clases dirigidas con el acceso a ellas restringido por el único criterio del nacimiento. Al respecto, argumenta Mosca dos observaciones de interés.

En primer lugar, que todas las clases políticas, sea cual sea su mecanismo de reclutamiento, desarrollan la tendencia a volverse hereditarias. Por analogía a la ley de la ciencia física, denominada fuerza de la inercia, explica Mosca dicha tendencia a permanecer las fuerzas políticas en el punto y estado en que se encuentran. Tanto el valor militar como la riqueza son cualidades de fácil conservación y, del mismo modo, los hábitos y aptitudes para el desempeño de los altos cargos y el trato de los negocios importantes se adquieren con mayor familiaridad desde pequeño. Y, a propósito de ello, agrega nuestro autor reflexiones que expresan sus dudas sobre las probabilidades de la movilidad social:

“... por más que los exámenes y concursos estén abiertos teóricamente a todos, a la mayoría le falta siempre los medios necesarios para cubrir los gastos de una larga preparación, y otros carecen de las relaciones y parentelas mediante las cuales un individuo se sitúa rápidamente en el “buen camino”, que le evita las vacilaciones y errores inevitables cuando se entra en un ambiente desconocido, donde no se tengan guías ni apoyos”⁶.

La segunda de las observaciones sostiene que el establecimiento de las castas hereditarias siempre se constituye como un estado de hecho previo a una situación de derecho. Una de las posibles razones explicativas de ello pudiera derivarse del característico envanecimiento acerca de un origen sobrenatural, diferente y superior, incluso por constitución orgánica, al de la clase gobernada. Y, aunque

los individuos pertenecientes a estas aristocracias cerradas pueden deber sus cualidades especiales o, en su caso, los defectos, a la educación recibida, no es menos cierto que más allá de las facultades puramente intelectuales, como el coraje, la fuerza de voluntad, el orgullo, la energía, etc., aptitudes y diferencias todas ellas de carácter moral, guardan una mayor conexión con la sangre que corre por las venas que, a su vez, por las tradiciones de familia y los hábitos de la clase en que vivimos, adquieren un espectacular desarrollo.

La plasmación de todo ello se torna especialmente incuestionable desde la mirada atenta a los individuos que cambian de posición. Ascendan o desciendan, por el mero hecho de entrar en un ambiente distinto al que estaban acostumbrados, la modificación de las cualidades intelectuales es mucho menos significativa que la que alcanza a producirse en la dotación de orden moral; es decir, sólo temples excepcionales conservan intacto su carácter tras haber experimentado la movilidad. Con frecuencia, el descenso imprime fuerza de resignación, sacrificio e iniciativa, mientras que el ascenso comporta la potenciación de los sentimientos de justicia y equidad.

En corroboración de que quienes sostienen la fuerza del principio hereditario no disponen de todas las garantías para mantenerse en el ejercicio del poder, queda ubicado el consabido asunto de la circulación de las élites. La renovación en la composición de la clase política acaecerá cada vez que en la sociedad aparezca una

nueva forma de riqueza, decaiga o se afiance un orden de doctrinas religiosas, de conocimiento o de saber, cada vez que la necesidad de emigrar, el comercio con extranjeros, los descubrimientos, las invasiones extranjeras o las guerras creen nuevas formas de pobreza o de riqueza... Entonces, nuevas aptitudes se afirmarán en la dirección del Estado y, de este modo, queda resumida la historia de la humanidad entre la tendencia al monopolio de las fuerzas políticas y la tendencia hacia el relevo. Cualquier clase política declinará inexorablemente cuando no pueda ejercer las cualidades que le condujeron hasta el poder y/o pierdan importancia los servicios que prestaran en el ambiente donde viven.

Quienes salen de la nada, estimulan nuevas ambiciones, codicias y energías, y la renovación de la clase política se dinamiza hasta el advenimiento de un nuevo período de estabilidad. Para entonces, los incluidos en la clase política han desarrollado el espíritu de cuerpo y el exclusivismo, han saboreado el monopolio de sus cualidades y aptitudes. La costumbre, fuerza conservadora por excelencia, resigna a los muchos a estar abajo y, simultáneamente, proporciona a los pocos la convicción de detentar el derecho absoluto a comandar y dirigir.

En síntesis, si el valor militar fue en los momentos más ancestrales de la humanidad el criterio acreditativo de pertenencia a la clase política, la evolución social abre paso a una mayor variedad de factores, entre los que adquiere destacada importancia la posesión de conocimientos especializados.

Argumento que resulta complementado con la atención prestada a la dinamicidad que envuelve a todas las clases políticas, sea cual sea el momento o la modalidad en que se exprese su existencia: una tendencia a la perpetuación en los períodos de estabilidad social que, por efecto de las innovaciones acaecidas en las diversas circunstancias, obligan a la renovación de aquéllas. Para los propósitos que aquí nos ocupan, el trabajo de Mosca al que nos hemos referido, contiene una significación de la expresión "clase política" muy próxima y similar al sentido etimológico del concepto de élite. Dicho término ubica su procedencia en la sustantivación del verbo francés *élire*, escoger, designando en el siglo del mercantilismo a todos los bienes de especial calidad. Pero, no hay que olvidar que allí donde se está en condiciones de escoger, lógicamente la inclinación conduce a la *melior pars*, es decir, a lo mejor de lo mejor, la flor, la crema. Aplicado a los grupos sociales, tal y como hemos visto proceder a Mosca, queda reforzada la equivalencia entre el papel predominante de las minorías aristocráticas, las oligarquías, las clases dominantes o dirigentes y, finalmente, la clase política.

Como ya ha sido manifestado⁷, ante las circunstancias de indeterminación conceptual, acudir a las definiciones de uso, aunque no suponga elaborar definiciones científicas, cuanto menos, proporciona la ventaja de informar sobre el significado que contienen los términos para quienes hablan una misma lengua. De este modo, el Diccionario de la Real Aca-

demia de la Lengua Española señala para el vocablo *clase*, entre sus variadas acepciones, aquel "orden o número de personas del mismo grado, calidad u oficio", "orden en que, con arreglo a determinadas condiciones o calidades, se consideran comprendidas diferentes personas o cosas" ... "distinción, categoría". Por su parte, por *élite* se entiende "minoría selecta o rectora", significación que adquiere contornos más delimitados cuando se procede a definir *elitista*: "perteneciente o relativo a la élite", "que se comporta como miembro de una élite, que manifiesta gustos y preferencias frente a los del común", "partidario de una élite o del predominio de las élites".

Según la primera y segunda de las acepciones señaladas, resultan contundentes las connotaciones expresadas en el grado, la calidad, las condiciones determinadas. Y, si bien es cierto, que aparece la referencia explícita al oficio, dos razones fundamentales pueden conducirnos a pensar que el acento no recae sobre él para el propósito que ahora nos ocupa. Por una parte, que en los lugares clásicos de la teoría sociológica nada justifica equiparar grados, calidades y condiciones con colectivos estrictamente profesionales⁸, de no ser que la denominada por Ortega "barbarie del especialismo" nos legitime para ello. Por otra, que las vigentes estructuras y procesos productivos califican las actividades que les son propias con términos como profesión, especialista, experto o técnico, resultando así que el oficio más bien

rememora el antiguo sistema del trabajo artesanal.

Por lo que a la élite respecta, conformarse como minoría selecta o expresar gustos, preferencias, etc., fuera de lo común, no dejan de ser alusiones al carácter de excepcionalidad que tipifica a quienes son sus portadores.

Resulta legítimo, por lo tanto, aventurar que mientras las clases sociales son unidades divisorias de los sistemas de estratificación social, consistentes en un conjunto de familias que detentan un prestigio similar de acuerdo con unos determinados criterios de valoración⁹, las élites implican una concepción dicotomizada y asimétrica de la estructura social, puesto que se revisten de su más plena y clarividente significación cuando se alcanza a contraponerlas con la masa. Recíprocamente referidos es cuando cada uno de los colectivos adquiere su más propia significación. Mejor aún, las concepciones de la estructura social conformadas por dos categorías de hombres, y sólo dos, suponen que las relaciones entre ambos están planteadas en términos de permanente dependencia.

A la luz de lo anterior, el análisis sociológico de las clases adquiere grados de complejidad muy elevados, en virtud de la diversidad de indicadores que cabe seleccionar para su identificación: desde las valoraciones verbales, esto es, lo que los individuos dicen de ellos mismos y de los demás, hasta lo que simbolizan las diversas actividades y posesiones, pasando por las asociaciones reales que se ob-

servan en los múltiples episodios de interacción de los individuos integrados en una sociedad. Si a ello agregamos que, a su vez, cada uno de los criterios susceptibles de adoptar y todos conjuntamente, implican una doble dimensión, objetiva y subjetiva, volvemos a preguntarnos al cierre de esta exposición: ¿en quiénes piensan los que hablan de la clase política? ¿En los altos cargos del Estado y la Administración pública o en todos cuantos detentan algún quantum de poder? Si su referencia es a los primeros, ¿no deberían utilizar más bien el término de élite? Si, por el contrario, incluyen a todos los que ordenan y mandan ¿podemos admitir, sin más precisiones, que tan miembro de la clase política es el presidente de un estado, un primer ministro o un ministro, que el alcalde o secretario del municipio que representa a una comunidad local?

Sólo en la tendencia a la polarización que suele acompañar a la mayoría de cuantas explicaciones clásicas se han elaborado sobre la desigualdad social, establecidas sobre las antinomias mando-obediencia y riqueza-pobreza, si además pretende la búsqueda de conexiones causales entre la una y la otra, cabe la fundamentación lineal de fenómenos tan complejos. De ahí que quienes se pronuncian que por disponer del poder político también se detenta el poder económico se aproximan a los posicionamientos de Gaetano Mosca, trazando una visión de la estructura social dicotomizada en dominantes y dominados, de donde procede, a su vez, la expresión clase política, a juicio de

no pocos inadecuada. Inadecuación que, a nuestro entender, resulta exponencialmente multiplicada cuando, de modo harto indiscriminado, se refiere a los colectivos profesionales. Si, por el contrario, la relación causa-efecto establece que por detentar el poder económico también se dispone del poder político, pronunciamiento, de sobra conocido, característico del pensamiento marxista, incurrimos de nuevo en otra versión simplificada de la misma estructura social, esta vez sobre la disyuntiva clase explotadora-clase explotada, tan inadecuada como la anterior aunque por otras razones.

Notas

- 1 Rialp, Madrid, 1979, pp. 113-115
- 2 Rialp, Madrid, 1954, pp. 11-32.
- 3 *Las clases sociales y su conflicto...*, pp. 61 y ss.
- 4 Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- 5 *La clase política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, pp. 106-130. Primera versión española de la primera edición de 1896, bajo el título *Elementi di scienza politica*.
- 6 ID., *Ibid.*, pp., 120-121.
- 7 MARTÍN LÓPEZ, E., *Sociología de la opinión pública*, Beramar, Madrid, 1990.
- 8 A título meramente ilustrativo, en el pensamiento de Saint-Simon se encuentra una definición, aunque difusa y ambigua, de "clase industrial": la compuesta por todos los individuos que trabajan, bien para producir directamente, bien para poner a disposición del resto de los miembros de la sociedad los medios para satisfacer sus necesidades. Esta clase, la de los hombres productores, estaría llamada a ser la única clase de la sociedad industrial. Y ello porque en tal sociedad el hombre no tendrá que subyugar al hombre, sino a la naturaleza (Cf. *El catecismo político de los industriales*, Aguilar, Buenos Aires, 1960, donde plantea la idea del parlamento industrial y *El sistema industrial*, Revista del Trabajo, Madrid, 1975, donde se ocupa de exaltar la unión de todos

los grupos de la sociedad). Desde el legado de Marx, la concepción de la sociedad como antagonismo y conflicto entre clases sociales asimétricamente situadas, además de albergar una explicitación del devenir histórico-dialéctico, supone una visión progresiva y ascendente de la historia hasta conducir a la humanidad al estadio supremo de liberación, en el cual los hombres se entregarán a dar plena expresión a sus facultades y capacidades (Cf. *El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, Ariel, Barcelona, 1969 y/o *El manifiesto comunista* en sus variadas ediciones). El enriquecimiento del patrimonio sociológico que se alcanza desde la herencia maxweberiana, comporta una reflexión sobre la desigualdad social que se manifiesta en una triple jerarquía: económica, social propiamente dicha y política. La primera, basada en la distribución del poder económico, agrupa a los actores en clases

sociales, cuyas relaciones se manifiestan en el mercado. La jerarquización social distribuye el prestigio, el honor y las condiciones sociales agrupando a los individuos en estamentos, órdenes o grupos de status, con probabilidades diferenciadas de imponerse por medio de un cierto estilo de vida. La distribución del poder político genera los grupos llamados partidos políticos, cuya naturaleza responde al ejercicio del poder (Cf. *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979).

- 9 Cf., BARBER, B., *Estratificación social*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1974, pp. 80 y ss.

Margarita CAMPOY LOZAR
Universidad Complutense de Madrid